

## REFLEXIONES

# Dos documentales de TV

■ Está aún fresco el tiempo en que la palabra Vietnam, más que para señalar el nombre de un país, constituía una consigna. La guerra hizo que dos bandos en pugna trataran de dar a la palabra la connotación ideológica que servía a sus intereses. Para los norteamericanos, significó una profunda división acicateada por el hecho de que, por primera vez, una guerra era llevada a diario, desde el fragor del campo de batalla, a los hogares de Estados Unidos a través de la televisión. Nadie pudo sustraerse al dilema que el conflicto bélico planteaba. O se estaba a favor o en contra. No cabían los matices.

En abril de 1975 la guerra de Vietnam terminó. Otros debates principiaron a interesar a la opinión pública internacional con su inevitable carga de pasiones y propaganda. Tres años después, sin embargo, el mismo medio de comunicación que tanto contribuyó al enardecimiento de los ánimos y a la división en las opiniones, ha vuelto a Vietnam para dar una visión diferente de un pueblo que, independiente de la forma de organización que se dé, está formado por seres humanos sujetos a las mismas esperanzas y decepciones de todo el mundo. En dos documentales de larga duración, los norteamericanos han podido observar las reacciones de vietnamitas ya sin la etiqueta de monstruosos enemigos o de desvalidas vietnams.

Los dos documentales tienen un tratamiento y un punto de vista diferentes, lo que permite al telespectador más interesado en tener una visión objetiva que en reafirmar sus prejuicios, llegar a una aproximación satisfactoria. Mientras el documental llamado "Vietnam, recogiendo los pedazos" está hecho por norteamericanos que expresan un sentimiento de culpa en relación a los vietnamitas, el otro, realizado por suizos, descansa especialmente en frías estadísticas, las más de las cuales no favorecen la causa de los actuales gobernantes. Pero, en síntesis, ambos implican un esfuerzo de tener una visión humana, directa y veraz de lo que hasta hace poco más de tres años, era

objeto de una apasionada polémica en la que se trataba de que cada bando trajera aguas para sus propios molinos.

De pronto, ante estos dos documentales televisivos, los norteamericanos han reconocido que la realidad de Vietnam es más compleja de lo que las consignas pretendieron. Una visión de un centro de rehabilitación para prostitutas se contraponen con la escasez de alimentos; la visión de una asamblea laboral en que —se subraya— "tanto se discute de cómo debe producirse que se olvidan de la producción", se junta a la visión de una fábrica de alfombras aún operando eficientemente en la forma tradicional capitalista.

Desaparecido el conflicto candente, estos documentales son los primeros pasos para intentar una aproximación de la verdad que encierra la vida en Vietnam. Y es bueno que eso suceda. Toda situación de conflicto en el que la guerra es su máxima expresión, implica concentrar todos los esfuerzos de un bando en vencer sobre el otro. En esas circunstancias, la verdad siempre es un impedimento, pretender alcanzarla es un hecho inoportuno, razonar es una actividad sospechosa, mirar los ojos del sedicente enemigo y tratar de comprender la humanidad que en él habita, una señal de debilitamiento. Veán Uds. la reacción que produjo en algunos órganos de opinión argentinos los razonamientos de Borges sobre el conflicto limítrofe, para reconocer la vigencia de estas afirmaciones.

Lo importante, en todo caso, es advertir las inmensas posibilidades que tiene la televisión cuando no es manipulada unilateralmente, para producir una aproximación a la realidad, que nunca corre por un solo carril y siempre ofrece puntos de confluencia con otras realidades nacionales. La imagen es más expresiva, convincente y profunda que cualquiera argumentación conceptual.

Tal vez sea la cámara del documentalista de televisión la herramienta que estaba esperando la humanidad para cumplir el sueño del poeta: "si todos los hombres del mundo, las manos se quisieran dar...".

PARTIQUINO

LA SEGUNDA